

su hermano. Pidiéronle á una que dejara libre los hebreos de honrar á su Dios en el desierto, y el rey no quiso escucharlos. Esta demanda suya muestra con demostración irrefragable que todo el viejo culto prestado por los patriarcas al Dios de Abraham se había disminuído mucho en el pueblo, necesitado de una larga peregrinación y de una grande soledad para sentir en el seno sus viejas y divinas vocaciones. Una y otra vez insistió Moisés en lograr de Faraón un permiso de salida; pero una y otra vez Faraón, que había llegado á prometerla, revoca y desmiente su palabra. Por fin un día, permite, mal de su grado, la partida ó éxodo; pero con una restricción, la de que debían dejar sus ganados. Tal restricción frustraba todo lo acordado. Un pueblo, económico de suyo, como este pueblo hebreo, no saldrá jamás dejándose á sus espaldas todo aquello que constituye, como el ganado, lo primero y principal de su riqueza. Así no consintió Moisés en pasar por tales restricciones. «Retírate de mí, le dijo el monarca, y guárdate de tornar á verme rostro.» En efecto, se había decidido el éxodo de Israel. Aquella noche de su partida los israelitas cenaron; el cingulo en los riñones, el báculo en la diestra y las sandalias en los pies; pan cocido sin levadura, porque la precipitación de su marcha no permitía otra cosa, cordero asado sobre las brasas del hogar, hierbas amargas y cogidas en las orillas del río, aperciéndose y preparándose así para la pascua ó paso del Egipto á la tierra prometida. Los preparativos del viaje debieron costar mucho, por el empeño de llevarlo todo consigo cada cual; y seguramente no lo emprendieran y acabaran sin la organización que dió á todo ello Moisés, sin la palabra de Aarón, sin el consejo persuasivo de María. Por fin, seiscientos mil hombres de á pie, sin contar los niños, dejaron la tierra de Gessén para ir en busca de la tierra de Canaán. Y también salió con ellos grandes muchedumbres de gentes extrañas y diversas. Así éstas, como los hebreos, extrajeron cuanto poseían, y aun lo que á sus vecinos emprestaran, especialmente aquellos ganados, á cuya partida se opuso con tanto empeño el soberbio Faraón. La única precaución tomada consistió en cocer tortas sin levadura, tomándolas de una gran copia de masa extraída con precipitación, por no darles tiempo las amenazas egipcias ni aun á detenerse para preparar y apercibir la comida. El santo libro prescribe una conmemoración de tal hecho en las palabras que siguen: «Esta es noche de guardar á Jehovah, por habernos sacado en ella de la tierra de Egipto. Esta noche deben guardar á Jehovah todos los hijos de Israel en todas sus generaciones.» Un desierto debían pasar para ir de Gessén al mar Bermejo, como debían pasar otro desierto para ir del mar Bermejo sobre la tierra prometida. Pero la esperanza de tal modo los mantenía en aquellos primeros instantes, y el desengaño tan lejos se hallaba de sus corazones, que vieron por el ardoroso desierto, donde la vista finge con tal facilidad ilusiones reverberadas por la refracción de aquella luz, espegismos varios que les fingían una especie de nube, tan encendida en unas horas y tan acuosa en otras, que los guarecía con su sombra de los rayos del sol por los días é iluminábalos por las noches.

Avisado Faraón de que huían los hebreos, requirió las armas de su ejército, montó los jinetes de su caballería, unció los carros de guerra y lanzóse airado en su persecución. Pero entonces Dios quiso, en aquel sublime instante, que pasaran á pie enjuto los hebreos, mientras quedaron sumergidos los faraones. Y hé aquí el cántico de Moises, entonado por María, con quien cantaban en coro las mujeres de Israel. Y dice así este cántico, verdadero cántico de libertad. «Cantemos al Señor, que, glorificándose á sí mismo, sumergió en la mar al caballo y al caballero. La fuerza y la gloria de Israel están todas en el Señor, que fué nuestra salvación. Él es nuestro Dios, y por eso le glorificamos. Él es el Dios de nuestros padres, y por eso lo exaltaremos sobre todos los señores. Jehovah, es su nombre, Jehovah el nombre de este guerrero invencible. Y Él ha precipitado en las aguas los carros de guerra y los ejércitos de Faraón. El mayor entre los príncipes egipcios yace dentro del mar Rojo. Los abismos le cubren, los abismos que se lo han tragado como si fuera una piedra. Tu diestra, Señor, se ha señalado por su fuerza, tu diestra hiere al enemigo. Aniquilástelo en la inmensidad de tu gloria, consumiendo como débil arista en el incendio de tu cólera. Las aguas se han encrospado al soplo de tu furor, las corrientes se han detenido, los abismos se han allanado en los fondos del mar. El enemigo ha dicho: yo le perseguiré, yo le alcanzaré, yo distribuiré sus despojos y mi corazón quedará satisfecho, yo desenvainaré la espada y lo exterminaré entre mis manos. Has enviado tu aliento, y el mar los ha cubierto y hánse hundido como el plomo en las profundas aguas. ¿Quién te iguala en fuerzas, Señor? ¿Quién se asemejó á ti? Grande tu santidad, terribles tus prodigios. Extendiste la mano y los devoró la tierra. En tu bondad guiaste á tu pueblo, que has emancipado, y lo conduciste en tu poder al sitio mismo de tu morada santísima. Los pueblos se han levantado en su cólera. Los filisteos han sido sobrecogidos de dolor, los príncipes de Edom conturbados, el espanto ha sorprendido á los fuertes de Moab y los habitantes de Aanaán se han secado de miedo. Que el frío del terror á tu formidable brazo les invada; que se petrifiquen hasta que tu pueblo haya pasado, este pueblo que has querido hacer tuyo. Tú le conducirás, lo establecerás sobre la montaña de tu heredad, en la sólida mansión que has construído, Señor, en el santuario que tus manos han fundado. El Señor reinará en la eternidad más que duren los siglos. Faraón ha entrado en el mar con sus carros, con sus caballos; el Señor ha arremolinado sobre su cabeza todas las aguas del mar, y los hijos de Israel han pasado á pie enjuto. Cantemos al Señor, que se ha glorificado á sí mismo, precipitando en el mar al caballo y al caballero». ¿No creéis oír la Marsellesa?

El cántico de Moisés, entonado en coro por los israelitas libres, demostraba que había un pueblo en aquel infinito desierto. El arte servía con sus inspiraciones intuitivas para llevar este pueblo donde la religión intentaba; es, á saber, al reconocimiento de su interior unidad, demostrada por el Dios único, por la fe una, por el cantar unísono, como los si-

mounes del desierto, y en coro, cual conviene á la voz de todo un pueblo. Este combate de una raza oprimida con sus opresores; la decisión de abandonar un sitio delicioso en busca de otro estéril, para entregarse á la libertad; el rompimiento y rota de los déspotas por una idea superior en fuerza y vigor á ellos y á sus ejércitos; la constitución de un Estado, que se funda por iniciativa de alta inteligencia, y se mantiene por el sacerdocio espiritual de la palabra; estas fulgurantes explosiones del arte, subiendo, en estrofas de versos maravillosísimos y en cadencias de música sublime, á las alturas, enseñan una tan grande transformación del humano linaje, que bien puede llamarse otra la humanidad, libre allá en el desierto, enteramente rendido al espíritu que lo puebla con sus ideas, y coronado por la estrella de su Dios, que lo espiritualiza y agranda. Comparad el esfuerzo, latente bajo todas las impurezas de una turbia realidad histórica, que redime á Israel, con la servidumbre del troglodita primitivo, abrumado bajo el peso de la materia, juguete vil de la fuerza, y decidme luego si ha cambiado la humanidad entera, saliendo desde la caverna del oso gigante, donde las raíces de su vida se confundían con las raíces de toda la otra vida animal, hasta las cumbres del Sinai altísimo, inundadas por el espíritu de Dios. Aquella tierra epiléptica, sobre cuyos estremecimientos no podíamos poner la planta, se ha trocado en este uniforme y sumiso desierto, que podemos surcar en todas direcciones á nuestro arbitrio; aquel monte, desgarrado por una tormenta interior, vomitando volcánicas erupciones de sus abiertas cimas, y agitado por estruendo de terremotos en sus bases, truécase por la granítica, fría, inmóvil, serena montaña, que parece como una escalera de pórfido, cuyas gradas brindan una material ascensión á los cielos lejanos; aquella madriguera lacustre, donde reivindicaba el hombre prehistórico los estrechos espacios indispensables á su vida rudimentaria, en combates sin término y sin tregua con los elementos subvertidos y con las especies carnívoras y encarnizadas, se ha trocado en la tienda elemental, bajo la cual abriga una familia unida por lazos espirituales y agrandada en el seno de Dios; pues una sociedad nueva, una sociedad libre, una sociedad progresiva nace al ideal encontrado en la conciencia humana, como esos nidos que se animan de vida, y de aleteos, y de amores, y de cánticos al calor de la primavera. Comprended ahora por qué ha subsistido tanto tiempo el Dios revelado en los desiertos y conducido de región en región por los pobres nómadas pastores, designados con los nombres de Abraham y de Jacob. Comprended por qué su tienda portátil de blanco lino ha superado los templos construidos con gigantescas moles de impenetrable pórfido. Comprended por qué las tablas sencillas de su moral se han levantado sobre todos los libros y sobre todas las ciencias. Comprended por qué, hoy mismo, celebramos aquella Pascua, comemos en aquella cena, pedimos el pan con que se alimentaron los que comenzaban el éxodo santo; porque aquel Dios es el Dios de la libertad, y los himnos resonantes en las alturas del Oreb y del Sinai la oda triunfal de la humana conciencia redimida y salvada de un cautiverio, como

el de Egipto, y de un despotismo, como el ejercido por los soberbios Faraones sobre las espaldas encorvadas de tantos pueblos siervos.

¿Extrañaréis ahora que nos detengamos en presencia de María, y oyéndola cantar, la saludemos como la primer sacerdotisa de la libertad en el mundo? Yo la veo, después de haber atravesado el desierto que media entre la tierra de Gessén y las orillas del mar Rojo, así como el desierto que media entre las orillas del mar Rojo y las raíces del alto Sinai, guiando, en compañía de sus hermanos, el pueblo escogido al santuario de su emancipación, y después de haberlo guiado, enardeciéndolo para continuar y rematar la obra redentora con su poesía y con sus cánticos. Paréceme verla envuelta en su túnica, que le baja desde la garganta, en pliegues artísticos, á los piés; el velo prendido á la cabeza por un lazo y cayéndole sobre las espaldas y tocándole hasta en los talones; las dos trenzas negras, que descienden sobre su pecho allende la cintura; extáticos los negros y profundos ojos en las contemplaciones celestiales; vibrantes los labios con el cántico; la cítara en las manos, que dan, rozando con sus dedos las cuerdas, una especie de compás al pueblo de Israel para que baile sacra danza en aquellos interminables desiertos, donde la unidad del suelo, la unidad del horizonte, la unidad del sol, revelan el incomunicable nombre de Dios único. Mucho se habla en todas las historias de aquella pitonisa que pronuncia oraculares palabras sobre la tripode de Delfos; mucho de aquella vestal, que guarda el fuego de la sacra vida romana en el templo consagrado á la diosa Vesta; mucho de aquellas matronas como Lucrecia y Virginia, en el mundo clásico, sobre cuyos cadáveres se levantaron la república de los cónsules y la democracia de los tribunos; y nadie se acuerda, nadie, al rastrear la historia dolorosa del progreso humano, nadie se acuerda en el mundo moderno, que ha tenido un laurel reservado á todas las glorias, nadie, de una mujer como la María de Sinai, cuya voz ha entonado en el oído de los siervos la primer estrofa del himno de la libertad. Yo la recuerdo. Su figura está en el templo levantado por mi agradecimiento entre las figuras hieráticas de los más viejos y más antiguos redentores. El cántico por ella entonado en loor al Dios de la libertad y al pueblo de la peregrinación me arroba, como el sermón de la Montaña, donde se contienen los apólogos precursores de mis redenciones múltiples; como el coral de aquel monje que da su voz de libertad á mi conciencia; como el himno de aquel revolucionario que celebra la fundición en el calor espiritual de todas las cadenas y el triunfo de todos los derechos. Sin esa primer iniciación en los cielos de la libertad, acaso jamás hubiéramos llegado á esta plenitud de vida, en la cual ya poseemos todo nuestro espíritu por una serie graduada de maravillosos esfuerzos, que tomaron carrera y aliento al pie del Sinai, cuando María pulsaba su cítara, llenando de ideas vívidas y vivificadoras los desiertos inmensos. La cítara no puede aparecernos en manos á las cuales cuadre tanto como las manos de una hermosa mujer. Esas canciones alzadas en tropel desde los piés del Sinai á los alturas del cielo, volarán de siglos en siglos y añi-

marán á pueblos de pueblos. Cuantos quieran combatir por el hogar propio, por la patria idolatrada, por la esposa y los hijos, por el sacrosanto derecho, tendrán que repetirlos en toda la redondez del planeta y que aclamarlos como la revelación más pura y más genuina del Eterno. Aquí empieza el cántico de la libertad. Ese Faraón soberbio, que pierde su corona y que se abisma en los mares; ese numeroso ejército que se rompe como cosa frágil y se cae despeñado en lo profundo; esos carros de guerra, que se destrozan; esas aguas, que se abren para dejar paso á los oprimidos y se cierran sobre la frente de los opresores ¡ah! representan y representarán por toda una eternidad el primer triunfo de la idea sobre la materia inerte y de la libertad sobre la fuerza bruta. He ahí por qué, si ha cantado al Señor Maria, nosotros, los emancipados por las estancias de tal himno, debemos cantar á Maria y aclamarla en todos nuestros agradecidos recuerdos como la primer profetisa del humano progreso en la tierra.

Otros himnos en la Historia continúan el poema de la libertad. Grande y transcendente á toda la humanidad el triunfo de los israelitas sobre los Faraones; mayor y más transcendente aún el triunfo de los griegos sobre los Darios y sobre los Xerxes. Marathon, Platea, Salamina, las Termópilas. Mientras viva el hombre, mientras la Historia conmemore los humanos hechos ¡ah! las cuatro palabras anteriores, expresivas de cuatro combates, significarán el predominio de la idea sobre la fuerza, envaneciendo y ufanando á la humanidad como ninguno de sus timbres. El imperio persa, representante legítimo del Asia, se había compuesto en términos de allegar todas las tierras históricas, lo que podríamos llamar el viejo mundo entonces, y extender su mano sobre lo que podríamos llamar el nuevo mundo, las colonias diversas, pero todas arias, del territorio y mar helénicos. Los dos ríos, el Tigris y el Eufrates, parecían dos cintas de la toga vestida por aquel imperio; servíanle de diadema las altísimas cordilleras elevadas en las mesetas centrales del continente asiático, donde radicaban los gérmenes de todos los pueblos y ascendían los troncos del humano linaje; contaba, como límites fantásticos puestos á su extensión desmedida, y rodeados por el cielo de arreboles, por el pensamiento de fábulas, el Indo y el Nilo, cargados de dioses, entraban, como piedras preciosas de su cetro, entre tantos joyeles, el mar Caspio, el mar Negro, el mar Rojo: á un lado, los golfos índico y persa, mientras, por otro lado, los golfos del Asia Menor y de la Jonia; en la legión de sus soldados, cien Reyes vencidos, como los de Lidia y Egipto; entre sus cortesanas, Jerusalén, Babilonia, Nínive, Menfis, Bactrias, las ciudades que habían delectado las estrellas en el cielo y las ideas en el espíritu; al extremo occidental de tan gigantesco Estado, las islas más hermosas del Mediterráneo, como tantas otras nereidas, que mecían sus ensueños con melodiosos cánticos, y le llevaban por doquier tributos de perlas y corales; en fin, su espada, la guadaña del tiempo; su báculo, el eje de la tierra; la mitad de su manto el mar y la otra mitad el desierto; el sol, su tiara, y sus compañeros los dioses. Esta inmensidad, apenas

crible, de tierra sujeta por el destino fuertemente á un hombre, significaba el imperio antiguo con toda su majestad, la fuerza como ley, la materia como Dios, la conquista como instrumento, el despotismo como conservación de la conquista, el trabajo reducido á eterna esclavitud, el comercio trastocado en tributo pagadero á un hombre solo y omnipotente, la ciencia comentario de su palabra, el arte músico deleitando aquellas divinas orejas, la religión sombra de su alma, el sacerdocio cómplice por la teocracia de su tiranía, los pueblos su rebaño, los dioses dorando su corona y sosteniendo su cetro, para que tuviese la incontrastable perennidad y firmeza de los altares y de los tiempos perdidos en las alturas infinitas y ufanos de su eternidad. ¿Quién podía resistir á un mundo así, levantado sobre las espadas de cien ejércitos victoriosos, y ungidos por la magia de cien teocracias sortilégicas? Ninguno de los elementos varios, representantes del principio de diversidad en aquel entonces, pudo contrastar la vasta fuerza del imperio pérsico. Los vasos del templo de Salomón brillaban en las orgías de sus palacios y los santos profetas de Jerusalén cantaban en el coro de sus adivinos. Parecían como animalejos domésticos de sus jardines y corrales aquellos genios egipcios con cabezas de perros y de grullas. Las estrellas de Caldea semejábanse á favoritas y á sultanas de los harenes de Susa. El arco de los indios vibraba en el ejército medo-persa, y en la cohorte de los sacerdocios vencidos estaban también los primeros intérpretes de la conciencia humana y los primeros reveladores del cielo espiritual. No se dejaba discurrir por los horizontes un aerolito, sin que fuese á narrar allí sus secretos; ni volar por las selvas un ave que no les dijese á los señores del mundo algún augurio. Los barcos lanzados por los viejos ríos asiáticos y los descubridores audaces de las colonias griegas, debían pagarle tributo y compartir con aquel inmenso imperio la porción mayor de sus cambios. Él significaba, ya lo hemos dicho, la tiranía, la casta, la teocracia, la esclavitud eterna, consagrada y ungida por una religión sortilégica de magos y hechiceros, donde predominaban la materia con la fuerza, y se creía en el poder de los encantamientos, de los hechizos que postraban el alma y la sumergían en sueños propios para mantener allí la raíz eterna de toda perdurable servidumbre. ¿Qué hubiera sido, qué, del mundo, de la humanidad, de la ciencia, del derecho, de las sociedades todas, á perpetuarse aquel inmenso Estado, cuya base radicaba en las entrañas del planeta y cuya cúspide se perdía en la inmensidad de los cielos? Se necesitaba romper aquella corona que hacía con su contacto en las sienes del Rey persa una momia de la miseria humanidad. Se necesitaba romper aquellos altares, de cuyas aras pendían las cadenas, bajo las cuales se paralizaba para todo movimiento, y por ende, para todo progreso, la humana inteligencia. El pueblo, que iniciara tal obra, debía quedar entre todos los pueblos del mundo, y hasta la consumación de todos los siglos, como el pueblo bienhechor de la humanidad. Por eso, lo hemos dicho cien veces y lo corroboramos en este supremo instante: Marathon, Platea y Salamina, no sólo representan el triunfo de Grecia sobre Asia, re-